

verdadero sistema religioso. Su doctrina moral, conforme á su punto de vista empírico, es un puro *Eudemonismo*. Lo útil y lo agradable determinan siempre los medios de llegar á la felicidad; sistema que sirve perfectamente á Aristóteles para justificar la esclavitud. Este filósofo desconoce hasta tal punto la dignidad humana en el esclavo, que pretende que su alma está privada de todo atributo racional.

Las escuelas filosóficas que en lo sucesivo se formaron, dieron un apoyo mucho mas débil aun á la religion y á la moral; pues no hicieron mas que aumentar el cúmulo de contradicciones y errores de aquellos grandes maestros de la filosofía. Segun *Epicuro*, de Gargeta, cerca de Atenas (337-270), y segun sus discípulos, el soberano bien está en los goces terrestres; razon porque se esforzaban tanto en desvanecer toda creencia en una Providencia y en la inmortalidad, que hubiera podido turbar su grosera seguridad. El mundo no se halla tan admirablemente dispuesto para conseguir su fin sino por la casualidad, y ningun cuidado se toman los dioses por las cosas humanas. El alma del hombre no es mas que un cuerpo algo mas sutil que los otros, que nace y muere como ellos. En oposicion al Epicureismo, el *Pórtico*, fundado por Zenon, de Cittio, en la isla de Chipre (por los años de 300 antes de Jesucristo), ha merecido la simpatía de las almas grandes y generosas por su noble entusiasmo por el ideal de la moralidad, enseñando que la virtud es el bien soberano, el único bien perfecto en sí, exhortando á despreciar el dolor y á bastarse el hombre á sí mismo en el sentimiento de su propia dignidad. Pero al mismo tiempo que parece funda de este modo una moral mas pura, destruye toda religion, exaltando el orgullo hasta la apoteosis del yo humano. El estóico panteísta y fatalista cree sin embargo aun en un Dios lleno de paciencia y de amor, en un Espíritu universal que emana del todo y que todo lo absorbe en él. Desde el principio se objetó á los Estóicos que sus ideas de libertad y de fatalidad eran inconciliables.

La nueva *Academia*, fundada por Arcesilao (por los años 318-241), toma carácter mas marcado en tiempo de Carnéades (215-130), y da origen á las otras academias llamadas segunda y tercera. Declara la guerra á la verdad misma, primero negando el criterio del

conocimiento admitido por los Estóicos, y atacando despues toda certidumbre en general. Su escepticismo aumenta el desorden, y acaba de turbar y desolar las inteligencias, zapando completamente las creencias de la religion popular.

Con la religion perdió la Grecia la conciencia y las costumbres. Á esto debe atribuirse aquella confesion tan penosa para el sentimiento nacional, que se escapó de la pluma del griego Polibio¹: «No confiaría yo un talento de oro á un griego, aun cuando me «diera diez escritos firmados de su mano y sellados, legalizados y «asegurados por doble número de testigos; siendo así que el juramento de un magistrado romano basta para garantizar la administración de las mas considerables sumas.» Á esto debe atribuirse la sodomía, tan generalmente propagada, divinizada en Ganimedes, inspirando los cantos de los poetas y las obras del arte. Á esto debe atribuirse el culto inmoral de Afrodito y de otras divinidades vergonzosas, fieles imágenes y modelos infames de la depravacion universal. Á esto debe atribuirse, en fin, el dolor indecible de las mas nobles inteligencias que necesidades mas generosas arrastraban invenciblemente hácia la verdad y á suspirar por una nueva alianza con el cielo. Por todas partes se iba pronunciando cada dia con mas fuerza el deseo de una revelacion divina, única cosa que podia dar certidumbre y reposo en medio de la lucha de las opiniones humanas. La época en que este ardiente deseo debia verse satisfecho, se halla ya cercana.

§ XXVIII.

Religion y costumbres de los romanos.

FUENTES.— *Hartung*, la religion de los romanos segun las fuentes. Erlangen, 1836.— *Ambroseh*, Libros religiosos de los romanos. (Bonner, 1842, entregas 2.^a y 4.^a)— *Pellegrim*, Distincion primitiva de patricios y plebeyos fundada en la religion. Leipz. 1842.

En la religion de los griegos predomina el arte, el elemento estético; en la de los romanos el elemento político y moral. Conforme á su origen etrusco, es esta última grave, casi sombría, y ejerce

¹ *Polybii*, Histor. VI, 54.

desde los mas remotos tiempos inmensa influencia sobre la moral pública y privada. Lucrecia, mancillada en su casta virtud, se arranca una vida deshonrada. ¡Qué de magníficas pruebas no nos dan los primeros romanos de su amor por la verdad y la justicia¹, por la patria y la libertad! Á estas virtudes debió Roma toda su grandeza. Pero con el espíritu republicano se desvaneció el espíritu religioso, íntimamente unido á la constitucion política y civil de la antigua Roma; y con la religion se perdió la gravedad moral de los romanos. Detrás de las victorias y de las conquistas, con los despojos de los vencidos se introdujeron en la ciudad eterna los cultos extranjeros y sus inmorales prácticas. Á medida que va creciendo el poder romano y aumentándose las riquezas, degenera el respeto á los dioses, el antiguo buen sentido romano se debilita y ofusca, las virtudes patrióticas se adulteran, y se pierden lastimosamente el desinterés y el espíritu de sacrificio. La corrupcion va rápidamente ganando terreno á medida que los romanos admiten la mitología, las artes y los pedagogos de la Grecia, tan numerosos despues del tiempo de Livio Andrónico (240 antes de Jesucristo), lo mismo que la literatura, tan adulterada ya por los mismos griegos, y á la que los romanos profanaron mas aun. Vienen despues los filósofos de la Península (155 años antes de Jesucristo). La diputacion de *Carnéades*, *Diógenes* y *Cristolao* es acogida con gran favor, y su doctrina muy aplaudida, y los Estóicos y los Epicúreos vienen á su vez á compartir con los Académicos el imperio de las inteligencias. Despues de las guerras asiáticas, se añaden á todas estas causas de desórden, el lujo y todo su cortejo de vicios y desdichas.

Roma habia podido vencer heroicamente á Cartago y á Corinto (146 años antes de Jesucristo), pero ella misma fue vencida á su vez por su propia victoria, que es la señal de su decadencia. Así como era innato en los griegos el sentimiento de lo bello, en los romanos lo era el de lo justo; pero esforzándose en hacer prevalecer y dominar por todas partes el derecho y la justicia, habian llegado á querer establecer en todas partes su propia dominacion, y someter á ella el mundo entero. «Su único pensamiento, dice Staudenmaier, «era fundar una monarquía universal: lo creian el mas noble objeto

¹ *Augustin*. De Civitate Dei, I, 19, 24; V, 18.

«de su vida. La *Republica* llegó á ser su dios, y la religion estaba «toda consagrada á su servicio. Roma debia subyugar el mundo, no «para propagar por él ideas puras, morales y divinas, sino para establecer su vana dominacion en todo él. Por esto, y únicamente bajo este punto de vista, observó con todas las religiones posibles una «tolerancia que se ha ponderado y apreciado neciamente, tolerancia «que no se fundaba mas que en la indiferencia religiosa mas absoluta.»

Cuando, dueña del mundo, se hubo saciado Roma de la sangre de las naciones, y estuvo infectada de sus vicios, empezó á devorar sus propias entrañas. En tiempo de los Gracos (133 años antes de Jesucristo) y de los partidarios de Mario, de Scila y Cinna, se encendieron sangrientas guerras civiles; y el asesinato, el veneno y las mas horribles crueldades caracterizaron á su historia hasta el gobierno absoluto de Octavio Augusto, que se hizo dueño del imperio (30 años antes de Jesucristo hasta 14 despues de Jesucristo). Reinó por espacio de cuarenta y cuatro años, dice Juan de Muller, y con su blandura hizo olvidar la república, de la cual los mismos ancianos no hablaban mas que para recordar sus desdichas, sus guerras civiles y sus proscripciones. El Escepticismo, propagado por la filosofía griega, no solo ahogó todos los gérmenes de religion entre las clases elevadas, sino que hasta llegó á engendrar en el pueblo un desprecio universal por los dioses. Se sabe ya que en la época de Ciceron no podian encontrarse dos augures sin echarse á reir: ¿cómo podian conservar en el pueblo una creencia de la que ni ellos mismos estaban convencidos? «Ni siquiera las viejas, dice Ciceron, «querian creer en las fábulas del Tártaro y en los goces del «Eliseo.»

Pero cuando el desórden religioso y la perversidad de los romanos llegaron á todo su apogeo, fue en tiempo de los Emperadores. El pueblo, subyugado y embrutecido, divinizaba á sus mismos tiranos¹, sobre todo cuando estos, halagando sus crueles pasiones, como Claudio, le daban en espectáculo no ya solamente los ordina-

¹ *Leon el Grande* dice con mucha exactitud: «Quum Roma universis dominaretur gentibus, omnium gentium serviebat erroribus.» (Sermo I, de SS. App. Petro et Paulo). — *Wach*, de Romanor. in tolerandis diversis religionibus disciplina publica. (Nov. commentar. Soc. Coet. t. III, 1773).

rios combates de los gladiadores en los anfiteatros y los circos, sino el terrible aparato de un combate naval¹ dentro de la misma ciudad de Roma. La apoteosis de aquellos tiranos² profanaba y destruía completamente toda creencia en los antiguos dioses de la patria, y en todas partes se levantaban impúdicas estatuas á Priapo, á Pan y á Vénus. En el teatro se ponían en escena toda clase de torpezas, para exaltar los sentidos; los desórdenes no conocían límites, y cada día se inventaban medios nuevos y contrarios á la naturaleza para saciar las pasiones mas brutales. El patriotismo se iba perdiendo con todas las virtudes, y solo reinaba el crimen. Tal era el mundo pagano cuando el grande Apóstol de las gentes trazó su horrible pintura³, y Séneca nos dió de él aquel espantoso comentario⁴.

Era imposible que la naturaleza humana continuase por mucho tiempo en tan horrorosa situación. La incredulidad y la inmoralidad, su inseparable compañera, producían un malestar indefinible y angustias terribles en los corazones de todos. En donde no hay dioses, dice Novalis, reinan los espectros: siempre la superstición reemplaza á la fe. Para sofocar los clamores de su agitada conciencia, se echaron los romanos á los piés de los dioses extranjeros; y, á pesar de las repetidas prohibiciones de los Emperadores, desde el Oriente se derramaron por toda Italia los mas extravagantes cultos. Sacerdotes de todas las naciones, astrólogos, mágicos, adivinos é intérpretes de sueños, vinieron á explotar la superstición general; se llevaban amuletos y talismanes, se hacían infinidad de sortilegios, y se consultaba á las entrañas de las víctimas; la suerte

¹ Tacit. Annal. XII, 56. Sueton. Vita Claud. c. 21. Dio Cass. LX, 33.

² Domiciano empezaba sus cartas con estas palabras: «Dominus et Deus noster hoc fieri jubet.» (Sueton. Vita Domit. c. 18).

³ Roman. I, 21-31.

⁴ «Omnia sceleribus ac vitiis plena sunt; plus committitur quam quod possit coercitione sanari. Certatur ingenti quodam nequitiae certamine; major quotidie peccandi cupiditas, minor verecundia est. Expulso melioris aequiorisque respectu, quocumque visum est libido se impingit. Nec furtiva jam scelera sunt; praeter oculos eunt; adeoque in publicum missa nequitia est, et in omnium pectoribus evaluit, ut innocentia non rara, sed nulla sit. Numquid enim singuli aut pauci rupere legem? Undique, velut signo dato, ad fas nefasque miscendum coorti sunt.» (Séneca, de Ira, II, 8).

se mostraba sin embargo cada vez mas sombría, y nunca hubo culto que fuese mas misterioso y mas carnal, mas tenebroso y mas sensual, que el que á la sazón dominaba en el imperio romano. Los mismos judíos, tan odiados por otra parte, lograban hacer muchos prosélitos. ¡Qué texto para las sátiras de Persio y de Juvenal, sin que los filósofos mas graves pudiesen atenuar su influencia!

Los Cínicos eran justamente despreciados, y había muy pocos Peripatéticos; solo los Estóicos, representados principalmente por Séneca, Dion y Epicteto, gozaban de alguna estimación; su moral era mas bien admirada que practicada, y esto cuando el contraste entre su vida y su doctrina no prestaba asunto á la mofa y al escarnio¹. Séneca (3-65 años despues de Jesucristo) mismo, el mas notable de aquellos filósofos prácticos y del cual se ha dicho muchas veces que no pudo dejar de escribir bajo la influencia cristiana, enseñaba preceptos que se hallaban en contradicción, si no con sus verdaderos sentimientos, al menos con su conducta en la corte de Neron, de la cual jamás supo separarse. Lo que además caracteriza el desorden moral y religioso de aquella época, es el extraordinario favor que obtuvo el Pitagorismo fantástico, renovado por Anaxilao, y mas tarde por el fanático Apolonio de Tiana² (3 años antes y 96 despues de Jesucristo); y esto precisamente en los tiempos mas civilizados de Roma, en la edad de oro de las artes y la literatura, en el principado del grande Octavio. De aquí nació en seguida, mezclándose con los elementos peripatéticos y otros, bajo la influencia de los Platónicos, el Neoplatonismo. Muy lejos de fomentar y desarrollar la necesidad, tan profundamente sentida por Platon, de un auxilio superior, Apolonio, convirtiéndose en juglar, engañaba y pervertía cada vez mas las inteligencias, y enseñaba esta orgullosa y célebre plegaria: «Y Vos, ó Dios

¹ Séneca, ep. 29.

² Véase su vida por Filostrato el antiguo. (Philostr. Opp. gr. et lat. ed. G. Olearius, Lips. 1709, in f.). Pretende haberse servido de las Memorias de Damis, compañero de Apolonio. Segun Filostrato no se conocían hasta su tiempo, y él no habría hecho mas que darles una forma agradable, y compararlas con los escritos de Máximo de Egea. Pero las Memorias de Damis están tan llenas de anacronismos, que el lector se ve obligado á rechazarlas por apócrifas.

«mio, dadme lo que me es debido.» Mas esta tentativa para satisfacer las exigencias de los espíritus, no causó efecto ninguno sobre las masas y las almas mas nobles; al contrario, se hizo mas general y mas profunda la desesperacion en todos. Vemos de esto una patente imágen en el mito de *Psychia*, que data de esta época verdaderamente histórica¹. *Psychia*, caída, abandonada de Dios, anda errante, inquieta y desolada. Sin embargo, recobra el valor, y busca al Dios que había perdido, á través de mil obstáculos y peligros, en los templos, y hasta en el reino de la muerte. Por fin Dios se deja ablandar y mira con compasion este ardiente deseo y este amor heroico, y vuelve á *Psychia* y se une á ella en un nuevo y santo himeneo (*hieròs gamos*). ¿No es esta historia la de la humanidad caída y regenerada? En medio de esta desolacion universal, los espíritus se vuelven hácia los antiguos oráculos, conservados en el fondo misterioso de los santuarios, y que anuncian un nuevo y santo orden de cosas para la humanidad, un retorno á la edad primitiva de la inocencia y de la dicha. Los Platónicos y los Estóicos lo esperan con el principio del *grande año secular*²; Virgilio anuncia el reinado de la Virgen, predicho por la sibila de Cumas³; y estos rayos de esperanza empiezan á reanimar y fortificar los corazones, que Suetonio⁴ y Tácito⁵ nos pintan asiéndose,

¹ *Apulei*, *Metamorph.* IV, 83. *Fulgentius*, *Mythologicor.* III, 6.

² *Heyne*, *Annot. in Virg.* t. I, p. 96.

³ *Virgil.* *Ecloga* IV, 4-10.

Ultima Cumaevi venit jam carminis aetas,
Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo;
Jam redit et virgo, redeunt Saturnia regna,
Jam nova progenies coelo demittitur alto.
Tu modo nascenti puero, quo ferrea primum
Desinet, ac toto surget gens aurea mundo,
Casta fave Lucina, tuus jam regnat Apollo.

Cf. *August.* de *Civitat. Dei*, X, 27, ep. 155. *Euseb.* *Vita Constant.* V, id est, *Constant. orat.* c. 19-20. *Dante*, *Purgator.* XXII, 70 sq. Véase *Lasaulx*, l. c. p. 63.

⁴ Percrebuerat Oriente toto vetus et constans opinio, esse in fatiis ut eo tempore *Judaea* profecti rerum potirentur. *Sueton.* *Vita Vespas.* c. 4.

⁵ Pluribus persuasio inerat antiquis sacerdotum litteris contineri eo ipso tempore fore ut valesceret Oriens, profectique *Judaea* rerum potirentur. *Tacit. Histor.* V, 13, donde se encuentran además estas notables palabras: «*Audita* «major humana vox: *Excedere deos, simul ingens motus excedentium.*»

en su inquieto júbilo, á los oráculos abiertamente proclamados por los judíos que anuncian al mundo: *Que de la Judea saldrá el Libertador deseado.*

Observacion.—Advierte *Staudenmaier*, y el hecho es digno de atencion, que la diabólica ilusion que seducia á los primeros humanos: «Seréis como dioses¹,» subsistió en las religiones griegas y romanas, y se produjo sobre todo en la *apoteosis del hombre* y la opinion pagana de los *celos de los dioses*. La poesia nos presenta esta opinion en el mito de *Prometeo*, la filosofia en la doctrina del *Pórtico*, y la historia en la figura de *Nemesis*. La apoteosis empezó principalmente con *Alejandro el Grande*, se continuó bajo sus sucesores, y llegó á su mas alto grado en tiempo de los emperadores romanos² que se hicieron adorar en vida.

¹ Gén. III, 5.

² Cf. *J. D. Schœpflini*, *Comment. de apotheosi s. consecratione imperator. Romanor.* (ejusd. *Commentat. Hist. et Crit.* Basil. 1741, in 4, p. 1 sq.).